

P. Andrés Beltrami

En el año 1895, sacerdote ya desde hacía dos años, Andrés Beltrami escribió esta carta dramática a don Julio Barberis, el sacerdote salesiano que le había seguido en los primeros tiempos de su vocación: *"La gracia de la vocación fue para mí una gracia del todo singular, invencible, irresistible. El Señor me había puesto en el corazón una persuasión firme, un íntimo convencimiento de que el único camino conveniente para mí era el hacerme salesiano: era una voz de mando que no admitía réplica, a la que no hubiera podido resistirme aun queriendo (...).*

Yo era el primogénito, adorado por la familia: apenas manifesté mi vocación a mi madre, se echó a llorar. Luego una vez vencida la naturaleza, siempre me animó. Mi padre, al principio, me dio el permiso. Luego, en vísperas de la partida, instigado por algunos del pueblo que le habían hablado calumniosamente de la congregación (salesiana), me lo retiró, y se mostró enojado. Pero yo partí sin miedo, acompañado por mi madre. Aunque más tarde, después de haberse enterado de que se trataba de calumnias, quedó satisfecho.

Alguna vez deseé que se permitiese en la congregación penitencias corporales, porque sentía su necesidad para conservar la castidad... Se daba en mí un obstáculo interno, terrible, casi insuperable; se daban en mí horribles tentaciones impuras que vencer; pero quien me dio la vocación, me ayudó también a perseverar; era necesario romper una cadena larga y muy persistente, casi cambiar la naturaleza; pero la gracia triunfó. Fue un milagro, una obra maestra de la gracia. La vocación fue para



mi una gracia eficaz, que, aún respetando la libertad, obtiene infaliblemente su efecto. Dé gracias y bendiga al Señor conmigo y rece por mí".

Andrés había nacido en Omegna (Novara), a las orillas del lago de Orta, el 24 de junio de 1870. Su padre Antonio era un curtidor de pieles, su madre administraba una tienda de comestibles. Eran buenos cristianos y educaban en el amor del Señor a los cinco hijos y cinco hijas que Dios les había mandado. A Andrés, el primogénito, le gustaba también las montañas que se ele-

vaban no muy lejos del lago. Durante los meses de las vacaciones escolares las subiría siempre con pasión.

Hizo la primera comunión a los diez años. Era un buen monaguillo. Se confesaba con regularidad con su párroco. Pero tuvo la desgracia, hacia los doce años, de tener un compañero de clase que mantuvo con él conversaciones indecentes y trató de corromperlo. Andrés llevará siempre consigo estos tristes recuerdos como una marca ardiente. En octubre del año 1883 llegó al colegio salesiano de Lanzo Turinés. No sabemos por qué pasó de la escuela de Omegna a los salesianos de Lanzo. Con todo, sabemos que a su casa llegaba el *Boletín Salesiano*.

En Lanzo, en el año 1884, Andrés quedó literalmente hipnotizado por Mons. Juan Cagliero, el obispo misionero salesiano que habló a los muchachos de las lejanas tierras de la Patagonia y de los indios que le esperaban. Con toda probabilidad fue este el momento desde el que comenzó a sentir la invitación poderosa de Dios: tú serás salesiano.

En Valsálce y después en Fogliuzzo (1887-1891), Andrés Beltrami se entregó a los estudios superiores: liceo y después Universidad, en la facultad de filosofía y letras. En Valsálce, en el otoño de 1887, Andrés se hizo amigo de Augusto Czartoryski, joven príncipe polaco. Él había querido ser salesiano. Andrés y Augusto se descubrieron como "gemelos en la fe". Primero en Valsálce, luego en Lanzo y en Alasio, Andrés por orden de los

superiores acompaña al príncipe Augusto en busca de salud (le está atacando la tisis). Andrés guarda todas las atenciones para su amigo. Lo cuida como a un hermano. Realiza funciones delicadas pero higiénicamente imprudentes como sólo un familiar íntimo sabe cumplir para no humillar al enfermo. En aquellos días, que con frecuencia se hacen interminables debido a una inactividad forzosa, Andrés recibe del príncipe Augusto lecciones calladas de santidad. Escribe: "Sé que estoy cuidando a un santo, un ángel". Y don Celestino Durando, uno de los superiores mayores de los salesianos, testimoniará: "Nunca un enfermo estuvo tan necesitado de cuidados maternos, y nunca hubo un enfermero más atento y dedicado". Al fin del año 1890, mientras el príncipe permanecía en Alassio (moriría el 8 de abril de 1893), Andrés Beltrami volvió a Foglizzo, como asistente y enseñante, inscrito en la Universidad de Turín.

Mientras volvía de la Universidad de Turín un día siberiano (era el 20 de febrero de 1891), Andrés tuvo un fuerte golpe de tos, y se encontró con la boca llena de sangre. Era una grave hemotipis: era la señal de que también sus pulmones estaban atacados por la tuberculosis. Aún no tenía veintiún años. Llamados inmediatamente los médicos para visitarlo, dijeron a los superiores que no se hicieran ilusiones: la enfermedad era mortal. Andrés no supo nada, y dócilmente interrumpió los estudios universitarios y comenzó a cuidarse para recuperar la salud. Tras algunos meses escribió: "Voy mejorando día a día. Doy algún paseo despacito, despacito. Desde hace algún tiempo, mi tos se hace más fuerte y viene más imprevista, sobre todo

de noche". Su mayor deseo era llegar a ser sacerdote, celebrar la santa misa. Según las leyes de la Iglesia, en aquel tiempo no se podía recibir la ordenación sacerdotal antes de los veinticuatro años. En las pausas que

"El Señor continúa ayudándome, y yo no tengo que hacer más que darle las gracias por esta enfermedad que es como un favor especialísimo"

la enfermedad le concedía Andrés comenzó a abrir los libros de teología para prepararse al gran día. Escribía a don Barberis: "Yo me encuentro bastante bien... He estudiado un poco de teología".

Leyendo sus cartas, se observa que poco a poco se obra un cambio profundo en su vida. Rezando y pensando, se abandona cada vez más a la voluntad de Dios. Ya no desea curarse, sino sólo hacer lo que agrade a Dios. El 2 de julio de 1892 escribe: "El Señor continúa ayudándome, y yo no tengo que hacer más que darle las gracias por esta enfermedad que es como un favor especialísimo". Algunos meses más tarde, escribe a su amigo Amílcar Bertolucci: "La Congregación necesita de muchos que sufran, y que sepan sufrir bien".

Los superiores quisieron manifestar su reconocimiento a aquel "maravilloso paciente" obteniéndole la dispensa de dieciocho meses para la ordenación sacerdotal. El 8 de enero de 1893 Mons. Juan Cagliero, el obispo misionero que cuando muchacho le había entusiasmado, lo ordenó sacerdote en Valdocco, en las habitaciones en la que había vivido Don Bosco. A su primera misa asistió su queridísima madre. La habitación en la que vivía

en Valsálce le permitía ver el altar de la capilla y el sagrario. Cada día pasaba horas en adoración mirando a Jesús Eucaristía.

Don Pablo Albera, segundo sucesor de Don Bosco, trazando la figura de Andrés cuando se pensó iniciar su Causa de beatificación, escribió: "Con el permiso de su director espiritual escribió, y suscribió con su sangre, una oración que siempre llevó colgada a su cuello en una bolsita: "Convierte, oh Jesús, a todos los pecadores, consueta con tu gracia a todos los agonizantes, libra a todas las santas almas del purgatorio. Yo me ofrezco dispuesto a sufrir todas las agonías de los moribundos, todos los tormentos de todos los mártires, y esto hasta el día del juicio universal. Me ofrezco como víctima. Que esta víctima se ofrezca continuamente a ti".

Después de seis años de muchos sufrimientos, escribía a don Rúa: "Es el sexto año de mi enfermedad, y yo celebro su aniversario como el de un día festivo, lleno de alegría".

A pesar de que estaba en peligro de morir de un día para otro —continúa don Albera—, pensó en ser útil a la Congregación escribiendo libros, después de haber pedido el permiso. De su pluma salieron una veintena de libros que, publicados casi todos después de su muerte, tuvieron una amplia difusión, desde la Vida de San Francisco de Asís a El pecado venial. Escribió todas estas obras en medio de graves dolores, tomando fuerzas mientras miraba el sagrario de Jesús Eucaristía.

Se durmió en el Señor el 30 de diciembre de 1897, después de haber renovado el ofrecimiento de sí mismo al Señor como víctima.

"Nunca un enfermo estuvo tan necesitado de cuidados maternos, y nunca hubo un enfermero más atento y dedicado"